

CAPÍTULO I

Los libros pueden escribirse en toda clase de lugares. La inspiración verbal puede llegar hasta el camarote de un marinero, a bordo de un buque atenazado por el hielo en el cauce de un río, en medio de una ciudad; como suele darse por hecho que los santos contemplan con ojos benignos a los humildes creyentes, tengo yo a bien recrearme en la grata fantasía de que la sombra del viejo Flaubert –que entre otras muchas cosas imaginó ser descendiente de vikingos– bien fácilmente podría haber aleteado con distraído interés sobre las cubiertas de un vapor que desplazaba dos mil toneladas y se llamaba *Adowa*, a bordo del cual, bloqueado por la inclemencia del tiempo junto a un muelle de Rouen, se empezó la redacción del décimo capítulo de *La locura de Almayer*. Digo con interés, pues ¿no fue el afable gigante normando, con su bigotazo enorme y su voz de trueno, el último romántico? ¿No fue acaso su devoción por el arte, la devoción propia de un ermitaño de la literatura, casi la de un santo?

«–Por fin se ha puesto –dijo Nina a su madre, señalando las colinas tras las cuales habíase puesto el sol...» Estas palabras de la hija de Almayer, tan romántica ella, recuerdo haberlas trazado sobre el papel grisáceo de un cuaderno que descansaba sobre la manta de mi litera. Hacían referencia a un crepúsculo acaecido en el archipiélago de Malasia, y cobraron forma en mi interior, en una visión de junglas, ríos y mares alejadísimos de una ciudad mercantil, y

pese a todo romántica, del hemisferio norte. Ahora bien, en aquel mismo instante, mi ánimo, proclive a las visiones y las palabras, quedó en suspenso por la aparición del tercer oficial de a bordo, un joven de talante abierto y despreocupado, que entró dando un portazo y dijo: «Vaya, qué calorcillo hace aquí dentro».

Hacia calorcillo, sí. Había encendido la estufa de vapor tras colocar una lata bajo el desaguadero, pues, aunque tal vez no lo sepa el lector, el agua rezuma en esas estufas por más que se condense el vapor. No puedo saber a ciencia cierta qué había estado haciendo mi joven amigo durante toda la mañana en el puente, pero las manos que se frotaba vigorosamente las tenía tan enrojecidas que sentí un gélido escalofrío con sólo fijarme en su aspecto. Era y sigue siendo la única persona aficionada a tocar el banjo que he conocido en mi vida; siendo como era el hijo menor de un coronel ya retirado, diríase que el poema de Kipling, por aberrante que parezca esta asociación de ideas, habíase escrito teniendo en cuenta exclusivamente su personalidad.* Cuando no se dedicaba a tocar el banjo, le encantaba sentarse a contemplarlo. Procedió a realizar esta inspección sentimental, y tras meditar sobre las cuerdas un buen rato, bajo mi callado escrutinio, preguntó a la ligera:

—¿Qué es eso que andas garrapateando a todas horas, si me permites la pregunta?

Era una pregunta sobradamente permisible, si bien no le contesté, limitándome a dar precipitadamente la vuelta al cuaderno en un gesto destinado instintivamente a guardar mi privacidad: no podría haberle dicho de ninguna manera que acababa de poner en fuga toda la psicología de Nina Almayer, el discurso con el que se abre el capítulo décimo y las palabras que sabiamente desgrana la señora Almayer a renglón seguido, a medida que cae ominosamente la noche tropical. No podría haberle dicho lo que acababa de decir Nina: «Por fin se ha puesto». Le

* Alusión a «The Son of Banjo», poema incluido en el volumen titulado *The Seven Seas*. [Esta nota, como todas las siguientes, es del traductor.]

habría sorprendido sobremanera, tal vez hasta el extremo de caérsele su preciado banjo. Tampoco podría haberle dicho que se ponía también el sol de mi dedicación a la mar, por más que hubiera escrito unas palabras que expresan la impaciencia de una juventud apasionada e inclinada por el peso de su deseo. Esto aún no lo sabía yo, y es más seguro aseverar que a él le habría dado lo mismo, aunque fuese un joven excelente y me tratara con mayor deferencia de la que, habida cuenta de nuestras posiciones relativas en el escalafón, yo estaba estrictamente acreditado a merecer.

Bajó la vista con ternura sobre banjo y yo seguía mirando por el ojo de buey. La abertura redonda enmarcaba dentro de su aro de cobre un fragmento de los muelles, en uno de los cuales se divisaba una hilera de barriles alineados sobre el terreno helado, así como la parte posterior de un carretón imponente. El carretero, con la nariz colorada, un blusón y un gorro de dormir hecho de lana, estaba al pescante. Un guarda aduanero paseaba perezoso, abrigado bajo su capote azul, con aire de estar deprimido por efecto de una larga exposición a las inclemencias del tiempo y por la monotonía propia de su existencia de funcionario. El fondo, compuesto por casuchas mugrientas, hallaba su lugar en el cuadro que enmarcaba el ojo de buey, más allá de la extensión adoquinada del muelle, en ese tono parduzco que tiene el barro helado. Era sombrío el colorido, y el rasgo más conspicuo resultaba ser un *café* con ventanas acortinadas y un desaliñado frente de madera blanquecina, en consonancia con la pobreza del barrio mísero que flanqueaba el río. Habíamos echado el ancla tras haber recalado antes en las inmediaciones del Teatro de la Ópera, en donde ese mismo ojo de buey me había regalado la vista de otro *café* de muy distinto jaez, el mejor de la ciudad según creo, y de hecho el mismísimo *café* en el que el acaudalado Bovary y su esposa, la romántica hija del anciano Père Ronault, habían despachado una colación tras la memorable representación de una ópera que no era sino la trágica historia de Lucia di Lammermoor en un marco de música ligera.

Me fue imposible recordar nada más de la alucinación del archipiélago de Oriente, aunque ciertamente confiase volver a columbrarla. El relato de *La locura de Almayor* hubo de ser puesto a buen recaudo bajo la almohada, al menos por lo que restaba de aquella jornada. No creo que tuviese pendiente ninguna ocupación que me obligara a mantenerme apartado del relato; la verdad del caso es que a bordo de aquel vapor llevábamos por entonces una vida harto contemplativa. Nada diré de mi privilegiada posición. Estaba allí sólo «por cumplir», como un actor de mero acompañamiento que un buen día se presta a desempeñar un pequeño papel en la representación benéfica que ofrece una amistad.

Por lo que atañe a mis sentimientos, no deseaba yo entrar a servir en aquel vapor, en aquellos momentos y en tales circunstancias. Y tal vez ni siquiera mi presencia fuera requerida allí, en el sentido común en el que un barco «requiere» a un oficial. Fue la primera y última vez a lo largo de toda mi vida dedicada a la mar en que estuve al servicio de unos armadores que han permanecido ocultos en las sombras, huidizos a mi aprensión. Con esto no quiero hacer referencia a la conocida empresa londinense de consignatarios de buques que había fletado el barco, sino a la no diré efímera, pero sí poco duradera Franco-Canadian Transport Company. Una muerte siempre deja algo tras de sí; de la F.C.T.C., empero, no quedó nada palpable. No fue su florecimiento más dilatado que el de las rosas, y al contrario que las rosas floreció en lo más crudo del invierno, desprendió una especie de vago aroma de aventura y feneció antes que entrara la primavera. Ahora bien, fue una compañía naviera con todas las de la ley, contó incluso con una enseña de la casa, blanca por completo y con las iniciales F.C.T.C. artísticamente trenzadas en un complejo anagrama. Izamos dicho estandarte en lo alto del palo mayor, y hoy he llegado a la conclusión de que fue la única enseña de su especie que llegó a existir. Con eso y con todo, tras tantísimos días a bordo llegamos a tener la impresión de ser una mera unidad de una gran flota que dos veces cada mes zarpaba con rumbo a Montreal y Quebec, tal como se anunciaba en los

panfletos y los prospectos que llegaron a bordo de un abultado paquete cuando aún estábamos amarrados al Victoria Dock, en Londres, antes de partir hacia Rouen. Y en la sombría vida de la F.C.T.C. yace el secreto del último empleo en que se consumió mi vocación marinera, que aun cuando sea en un sentido bastante remoto vino a interrumpir el acompasado desarrollo del relato de Nina Almayer.

El por entonces secretario de la londinense Sociedad Mercantil de Patronos de Barcos, que tenía su modesta sede en Fenchurch Street, era un hombre capaz de una actividad infatigable y de una inconmensurable devoción a su cometido. Él es el responsable de la que fue mi última relación con un barco. Así la califico porque sólo de manera muy forzada podríamos considerarla una experiencia marinera. El capitán Froud –no queda más remedio que rendirle el homenaje de una afectuosa familiaridad en virtud de la distancia que otorgan los años transcurridos– tenía una sólida visión en lo relativo a la mejora de los conocimientos y el *status* de todo el cuerpo de oficiales de la marina mercante. Organizaba cursos a cargo de conferenciantes profesionales, clases que daban los miembros del St. John Ambulance; trabajaba industriosamente en correspondencia con diversas instituciones públicas e incluso con algunos parlamentarios en todos los asuntos relacionados con los intereses de la sociedad; en cuanto a la inminencia de alguna investigación o comisión relacionada con los asuntos del mar y el trabajo de los marinos, era siempre un perfecto regalo de la divinidad, habida cuenta de su necesidad de poner a prueba su maestría en cualquier gestión que emprendiera en nombre de la sociedad. Junto con su elevadísima concepción de los deberes propios de un funcionario, tenía una rara vena de amabilidad personal, una recia disposición a hacer todo el bien que estuviese en su mano, sobre todo en beneficio de cada uno de los miembros de la profesión de la cual, en su mejor época, había sido máximo exponente. ¿Y qué mayor deferencia puede tenerse para con un marino que la de conseguirle un empleo en la mar? El capitán Froud no entendía por qué razón la Sociedad Mercantil de Patro-

nes de Barcos, aparte de ser salvaguarda de nuestros intereses, no había de servir de forma oficiosa como agencia de empleo de la mejor especie que pueda imaginarse.

–Intento convencer a todos los grandes armadores y a todas las compañías navieras para que acudan a nosotros cada vez que requieran hombres cualificados. Nuestra sociedad carece del espíritu propio de un sindicato; la verdad es que no entiendo por qué no habríamos de colocar nosotros a los mejores oficiales –me dijo en cierta ocasión–. Además, siempre les digo a los capitanes que en condiciones de absoluta igualdad deberían dar preferencia a los propios miembros de la sociedad. Habida cuenta de mi posición, por norma general estoy en una situación óptima para proporcionarles los hombres que necesiten sin buscar más que entre nuestros miembros.

En mis andanzas por todo Londres, del West End al East End y vuelta a empezar, ya que por entonces disponía yo de tiempo de sobra para vagar a mi antojo, las dos escuetas dependencias de Fenchurch Street eran una especie de lugar de descanso en el que mi espíritu, inmerso en un grande anhelo del mar, podía sentirse más cercano a los barcos, los hombres y la vida de su elección, más cerca, de hecho, que si estuviese en cualquier otro rincón del planeta en donde tuviese el suelo bajo los pies. Este lugar de descanso solía estar, a eso de las cinco de la tarde, repleto de hombres y de humo de tabaco, a pesar de lo cual el capitán Froud disponía de la dependencia más pequeña íntegramente para sí, y en ella concedía entrevistas en privado cuyo motivo principal era la prestación de servicios. Así las cosas, una lóbrega tarde de noviembre me hizo pasar con un simple gesto y con aquella peculiar mirada que tenía cuando le resbalaban las lentes hasta la punta de la nariz, mirada que quizá sea el recuerdo físico más intenso que conservo de aquel hombre.

–Esta mañana ha pasado por aquí el patrón de un buque –dijo al tiempo que volvía a sentarse ante su escritorio y me indicaba que tomase asiento en la silla que quedaba libre–, que anda buscando un oficial. Ya sabe usted que nada me agrada tanto

como que se me venga a solicitar mi opinión, pero por desgracia no me ha sido posible salirme con la mía...

Como la dependencia exterior estaba llena de hombres, lancé una mirada inquisitiva hacia la puerta, que estaba cerrada, pero él negó con la cabeza.

—Ah, sí, me alegraría una enormidad poder facilitarle ese puesto a cualquiera de ellos. Pero lo cierto del caso es que el capitán del que le hablo necesita un oficial que hable francés de corrido, y eso no es fácil de encontrar. Personalmente, no conozco a nadie que cumpla este requisito... aparte de usted, naturalmente. Se trata de un puesto de segundo oficial, y claro está que si a usted no le tentara... ¿o sí? Sé que no es precisamente lo que está buscando.

No lo era, desde luego que no. Habíame abandonado yo a la ociosidad del hombre obsesionado, que ya no busca más que las palabras mediante las cuales captar las visiones que le atormentan. Ahora bien, he de admitir que a ojos vistas sí guardaba el suficiente parecido con el hombre capaz de cumplir en calidad de segundo oficial en un vapor contratado por una naviera francesa. No mostraba el menor síntoma de estar obsesionado por el destino de Nina Almayer y por los murmullos de la jungla tropical; ni siquiera mi íntimo conocimiento de Almayer (una persona muy débil de carácter) había dejado la menor señal visible en mis rasgos. Durante muchos años, Almayer y el mundo en que se desarrollaba su historia habían sido compañeros inseparables de mi imaginación sin, confío, perjudicar en lo más mínimo mi capacidad de lidiar con las realidades de la vida marinera. Había llevado conmigo al hombre y su entorno desde mi regreso de las aguas de Oriente, acaecido unos cuantos años antes de la fecha a la que ahora hago referencia.

Fue en la sala de una casa de vecindad que daba a una plaza de Pimlico donde por vez primera empezaron a revivir vívidamente, de una forma tan punzante que me resultaba de todo punto ajena a nuestro conocimiento pretérito. Me había regalado yo con una prolongada estadía en tierra firme, y cuando me

hallaba en la necesidad de ocupar con algo las mañanas, Almayer (viejo conocido mío) acudió con nobleza al rescate. Sin que pasara demasiado tiempo, como era de esperar, su esposa y su hija se reunieron con él en torno a mi mesa, y luego llegó toda aquella caterva salida del Pantai con sus palabras y sus gestos. Sin que lo supiera la respetable señora que me había dado alojamiento en su casa, era mi ocupación cotidiana, inmediatamente después del desayuno, dar animadas recepciones a las que acudían en tropel los malayos, los árabes y las castas inferiores. No clamaban a voz en cuello para concitar mi atención, no. Era el suyo un llamamiento silencioso e irresistible, un llamamiento, aquí lo afirmo, que no apelaba a mi egolatría ni a mi vanidad. Hoy me parece que tuvo un carácter por fuerza moral, pues el recuerdo de estos seres, vistos en su oscura existencia bien que bañada por el sol, ¿por qué iba a exigir que se le diera cauce de expresión en forma de novela, a no ser sobre la base de esa misteriosa fraternidad que une en una sola comunidad de esperanzas y temores a todos los habitantes del planeta?

A mis visitantes no los recibía yo en un raptó arrobado y jactancioso; no los tenía por portadores de ningún don, provecho o fama. Nunca llegó a formarse ante mis ojos la visión de un libro impreso mientras me sentaba a escribir en aquella mesa, en una casa situada en una decrepita parte de Belgravia. Pasados todos estos años, cada uno de los cuales ha dejado su prueba evidente en las páginas lentamente ennegrecidas por la tinta, puedo decir con toda honestidad que es un sentimiento emparentado con la piedad el que me instigó a representar mediante palabras dispuestas unas tras otras con sumo cuidado, con plena conciencia, el recuerdo de cosas muy lejanas y de hombres ya fallecidos.

Empero volviendo al capitán Froud y a su idea fija de no defraudar nunca, bajo ningún concepto, a los patrones ni a los armadores, iba a ser poco probable que fuese yo quien hiciese fracasar su ambición y por lo tanto satisficiera en un plazo de poquísimas horas aquella solicitud que requería un oficial que hablase francés. Me explicó que el barco lo contrataba una compañía

naviera francesa que se proponía crear una línea regular de periodicidad mensual, con salida de Rouen, a fin de transportar emigrantes franceses a Canadá. Francamente, un asunto de tales características no me interesaba demasiado. Dije con gravedad que si era en realidad cuestión de mantener la reputación de la Sociedad Mercantil de Patronos de Barcos, cuando menos estaba dispuesto a considerarla. Pero tal consideración no pasó de ser mero formulismo. Al día siguiente me entrevisté con el capitán y creo que los dos nos llevamos mutuamente una favorable impresión. Me explicó que su contramaestre era un hombre excelente en todos los sentidos, que de ninguna manera podía destituirlo para otorgarme a mí un puesto de rango más elevado, pero que si consentía en unirme a la tripulación en calidad de segundo oficial, gozaría de ciertas ventajas muy especiales... etcétera.

Le dije que, en el supuesto de enrolarme, el rango en realidad era lo de menos.

—Estoy convencido —insistió— de que se llevará usted muy bien con el señor Paramor.

Le di mi palabra de honor de que al menos estaría a bordo durante dos travesías; en tales circunstancias se inició el que a la postre iba a ser mi último trato con un barco. Después de todo, ni siquiera llegamos a emprender una sola travesía. Puede que fuera simplemente el cumplimiento de un destino, o puede que fuese esa palabra que llevaba escrita en la frente la que en apariencia me impidió, a despecho de todo mi errar por los mares, llevar a cabo la travesía del océano Occidental (hago uso de estas palabras en ese especialísimo sentido en que los marinos hablan del comercio del océano Occidental, de los paquebotes del océano Occidental, de los arduos avatares del océano Occidental). La vida nueva aguardaba de cerca a la vieja, y los nuevos capítulos ya redactados de *La locura de Almayer* vinieron conmigo al *Victoria Dock*, de donde pasados pocos días zarpamos con destino a Rouen. No llegaré al extremo de afirmar que la contratación de un hombre destinado a no cruzar el océano Occidental fuese la causa decisiva de que la Franco-Canadian Transport Company

fracasara en su intento de expedir siquiera un solo pasaje. Tal pudiera haber sido el caso, por descontado; ahora bien, el obstáculo más evidente, el obstáculo de bulto era con toda claridad la escasez de dinero. Los industriosos carpinteros de ribera que faenaban en el *Victoria Dock* instalaron en el entrepuente cuatrocientas sesenta literas para los emigrantes, pero ya en Rouen jamás llegó a aparecer ni uno solo... de lo cual, en tanto ser humano, he de confesar que me alegro. Ciertos caballeros de París –creo recordar que eran tres, y que al parecer uno era el presidente– sí que aparecieron, y recorrieron el barco de proa a popa golpeando cruelmente sus sombreros de seda contra los baos. Los atendí yo personalmente, y puedo asegurar que el interés que se tomaron por las cosas era digno de personas sobradamente inteligentes, aunque resultara obvio que jamás habían visto nada por el estilo. Cuando bajaron al muelle, en sus rostros se pintaba una expresión animada, sí, aunque poco convincente. A pesar de que esta ceremonia de inspección tenía por objeto ser uno de los preliminares de nuestra inmediata partida, fue entonces, al verlos desfilan por la pasarela, cuando sentí la admonición interior de que jamás tendría lugar la partida dentro de las previsiones de nuestro flete.

Es menester decir que en menos de tres semanas sí se produjo un desplazamiento. A nuestra llegada, nos acompañaron con mucha ceremonia hasta el centro de la ciudad, donde las esquinas estaban engalanadas de carteles que lucían la enseña tricolor y en los cuales se anunciaban el nacimiento de nuestra compañía; a raíz de lo cual el *petit bourgeois* acompañado de su esposa y su familia dedicó algún que otro rato de ocio dominical a la inspección del barco. Trajeado con mi mejor uniforme, saltaba a la vista que era yo quien debía dar a las visitas la información que recabarán, como si fuera un intérprete para turistas contratado por la agencia Cook, en tanto nuestros cabos de mar cosechaban unas monedas guiando personalmente a otros grupos más reducidos. Pero en cuanto se llevó a cabo dicho desplazamiento –más o menos milla y media río abajo, para atracar en un muelle a un

tiempo más embarrado y lastimoso—, la desolación de la soledad sí que nos cayó en suerte. Fue un estancamiento absoluto e insondable; y es que comoquiera que teníamos el barco listo para zarpar hasta en los más mínimos detalles, comoquiera que la capa de hielo seguía siendo gruesa y los días breves, permanecemos sumidos en una holganza absoluta, ganduleando hasta el extremo de enrojecer de vergüenza con sólo pensar que, entretanto, seguíamos percibiendo nuestros salarios. El joven Cole se tornó pesadoso porque, según su decir, era imposible que gozásemos de ningún entretenimiento al atardecer después de habernos pasado el día entero mano sobre mano; hasta el banjo perdió su encanto, ya que nada podía impedirle que lo tocara a todas horas, entre una comida y otra. El buen Paramor —ciertamente era un hombre hecho de una pasta excelente— se entristeció todo lo que dio de sí su natural animado; hasta que un día insípido se me ocurrió sugerirle, por pura malicia, que emplease las adormecidas energías de la tripulación entera en halar a cubierta ambos calabrotes y darles la vuelta de punta a cabo.

Por un momento, Paramor pareció radiante de alegría.

—¡Excelente idea! —No tardó sin embargo en volver a su rostro su abatimiento habitual—. Sí, ¿por qué no? Claro que difícilmente nos llevaría más de dos días la operación —musitó con desconuelo.

No sé cuánto tiempo esperaba que siguiéramos clavados a la orilla del río en la afueras de Rouen, pero sé a ciencia cierta que se halaron los calabrotes y que se les dio la vuelta de punta a cabo de acuerdo con mi satánica sugerencia, que volvieron a fondearse las dos anclas y que hasta su mismísima existencia llegó a olvidarse del todo, creo, hasta que llegó a bordo un piloto francés para llevarse el barco, tan vacío como había llegado, a las calles de Le Havre. Podrá pensar el lector que este estado de holganza forzosa favoreció algún progreso en el relato de los infortunios de Almayer y su hija, pero no fue así. Como si se tratara de un malvado hechizo, la interrupción de mi compañero de camarote y tocador de banjo, como queda referida, dejó el relato sus-

penso por espacio de varias semanas en el momento del fatídico crepúsculo. Siempre fue así la redacción de ese libro, empezada en 1889 y terminada en 1894, a pesar de que se trata de la novela más breve de cuantas me ha tocado escribir. Entre la exclamación inicial, donde la voz de su esposa llama a cenar a Almayer, y la referencia mental que hace Abdullah (su enemigo) al Dios del islam –«misericordioso, compasivo...»– que cierra el libro, iban a interponerse largas travesías marítimas, una visita (y empleo el término para mejor ajustarme a la elevada fraseología que requiere la ocasión) a ciertos escenarios en los que transcurrió mi niñez y el cumplimiento de las vanas palabras de la niñez, que no expresan sino un capricho liviano y romántico.

Fue en 1868, cuando contaba yo más o menos nueve años; mientras observaba un mapa de África tal como era entonces, puse el dedo en el espacio en blanco que representaba el misterio sin revolver que entrañaba el continente, y con una redomada confianza y una audacia asombrosa, ninguna de las cuales forman ya parte de mi carácter, me dije:

«Cuando sea mayor, iré allí.»

Y claro está que no volví a pensar en ello hasta que, pasado poco más o menos un cuarto de siglo, se me ofreció la oportunidad de ir... como si fuera preciso visitar en mi madurez el pecado que fue fruto de mi audacia infantil. Sí, sí que fui *allí*, siempre que por *allí* entendamos la región que circunda las Cataratas de Stanley, que en 1868 era el espacio en blanco más blanco de la faz de la tierra. Y el manuscrito de *La locura de Almayer*, que llevaba conmigo a todas partes como si fuese un talismán o un tesoro, también me acompañó *allí*. Que regresara de *allí* se me antoja un especial favor de la Providencia, porque buena parte de mis otras pertenencias, para mí infinitamente más valiosas y más útiles, quedaron atrás a causa de diversos e infortunados accidentes propios del transporte. Me viene a la memoria, por ejemplo, un difícil recodo del río Congo entre Kinshasa y Leopoldville, particularmente difícil cuando no quedaba más remedio que trazarlo de noche, en una de aquella canoas grandonas, con menos remeros de los que hubie-

sen hecho falta para tal menester. No conseguí figurar en el registro por haber sido el segundo blanco, y además joven, que se ahogara en aquel interesantísimo recodo a resultas de que una canoa hubiese volcado. El primero fue un joven oficial belga, pero el accidente acaeció unos cuantos meses antes de mi llegada a aquellos pagos; según tengo entendido, también él iba de vuelta a casa, puede que no tan enfermo como yo, a pesar de lo cual es evidente que iba de vuelta a casa. Yo doblé el recodo más muerto que vivo, tan enfermo que me hubiese dado igual saber si habíamos doblado o no y, en todo momento con *La locura de Almayer* entre mi cada vez más reducido equipaje, llegué a esa grata y acogedora capital que es Boma, donde antes de la partida del vapor que iba a llevarme de vuelta tuve tiempo de sobra para desear haber muerto una y otra vez con absoluta sinceridad. En aquella fecha tan sólo existían siete capítulos de *La locura de Almayer*, si bien el capítulo que siguió en mi historia personal fue el de una prolongada enfermedad y una deprimente convalecencia. Ginebra o, por ser más precisos, el establecimiento de Champel, especializado en hidropatías, pasará a la fama por haber sido el lugar en el que llegó a concluirse el octavo capítulo de la historia que refiere la decadencia y caída de Almayer. Los acontecimientos que se refieren en el noveno están inexplicablemente mezclados con los de un almacén ribereño, propiedad de cierta empresa de la capital cuyo nombre no viene al caso. Ahora bien, aquella obra, emprendida con objeto de acostumbrarme a la actividad propia de una sana existencia, pronto tocó a su fin. La tierra no tenía nada con qué sujetarme durante más tiempo del debido. Después, ese memorable relato, como un barril de Madeira de la mejor cosecha, fue durante tres años de acá para allá, siempre por mar. Que este trato llegase a mejorar su sabor o no, por descontado que yo no soy quién para decirlo. Por lo que atañe a la apariencia, ciertamente no cambió casi nada. El manuscrito entero adquirió un aire desvaído y una amarillenta textura de antigualla. A la postre terminó por ser irracional la suposición de que a Nina y Almayer llegaría a sucederles lo que se dice nada. Y a pesar de los pesares, algo absolutamente improba-

ble en alta mar iba a despertarlos de aquel estado de animación suspendida en que se habían quedado.

¿Cómo es aquello que dice Novalis? «No cabe duda de que una convicción cualquiera gana una infinidad en cuanto otra alma cree en ella».* Y ¿qué es una novela sino la convicción de que la existencia de los hombres, nuestros semejantes, basta y sobra a la hora de adoptar una forma de vida imaginaria más clara en cualquiera de los casos que la realidad, y cuya verosimilitud acumulada en los episodios seleccionados avergüenza el orgullo de la historia documental? La providencia, la que quiso salvar mi manuscrito de los rápidos del Congo, también quiso ponerlo en conocimiento de un alma que me fue de gran ayuda allá en medio del mar abierto. Sería funesto por mi parte olvidar a aquel hombre enteco, de rostro huesudo y ojos oscuros y hundidos en las cuencas, nacido en Cambridge (iba a bordo del *Torrrens*, buen navío donde los haya, por cuestiones de salud y con rumbo a Australia), que fue el primer lector de *La locura de Almayr*, el primerísimo lector que haya tenido nunca. «¿Le aburriría tal vez en demasía leer un manuscrito con una caligrafía como la mía?» Se lo pregunté impulsivamente una noche, al término de una conversación larga y tendida cuyo objeto había sido la *Historia* de Gibbons. Jacques, que así se apellidaba, estaba sentado en mi camarote, pues me había traído un libro de su propia biblioteca de viaje; yo estaba en guardia imaginaria una noche de mar gruesa.

«En absoluto», contestó con su entonación cortés y con una vaga sonrisa. Al abrir yo uno de los cajones del camarote, su curiosidad, súbitamente excitada, pintó en su rostro una expresión vigilante. Me pregunto qué esperaría ver. Puede que un poema, pero esas cábalas ya no son de este tiempo. No era un hombre frío, aunque sí tranquilo, más sojuzgado aún por causa de su enfermedad, hombre, en fin, de pocas palabras y de natural modesto en cualquier conversación o relación humana, pero con un algo que se salía fuera de lo común en todo el conjunto

* Se trata del mismo epígrafe que abre *Lord Jim*.

de su persona, y que lo distinguía del grueso homogéneo de nuestros sesenta y tantos pasajeros. Tenía una mirada pensativa, la mirada de una persona proclive a la introspección.

—¿De qué se trata? —preguntó con su habitual aire de reserva, con una voz velada y simpática.

—Es una especie de relato —contesté con cierto esfuerzo—. Ni siquiera está terminado. A pesar de todo, me gustaría conocer qué opinión le merece. —Se guardó el manuscrito en el bolsillo interior de la chaqueta; recuerdo perfectamente cómo lo doblaron a lo largo sus dedos longilíneos.

—Lo leeré mañana —comentó al tiempo que apoyaba la mano sobre el pomo de la puerta y, esperando a que el barco cabeceara de tal forma que el paso le resultara más fácil, abrió la puerta y se marchó. En el momento en que salió de mi camarote oí el sostenido mugir del viento, el azotar de las aguas revueltas contra los flancos y sobre la cubierta del *Torréns*, así como el atenuado rugir del mar más a lo lejos. Noté la creciente inquietud del gran océano, de por sí incansable, a lo cual reaccioné de manera meramente profesional, pensando tan sólo que a las ocho en punto de la mañana, es decir, en menos de media hora a lo sumo, habría que desplegar las gallardas velas del barco.

Al día siguiente, aunque esta vez durante la primera guardia imaginaria, Jacques entró de nuevo en mi camarote. Llevaba una gruesa bufanda de lana y el manuscrito en la mano. Me lo devolvió mientras me miraba a los ojos con firmeza, pero sin decir palabra. Yo lo recibí también en silencio. Tomó asiento en la litera y siguió sin decir esta boca es mía. Abrí y cerré un cajón de la mesa, sobre la cual estaba abierto el doble folio lleno de anotaciones, enmarcado en madera, a la espera de que lo copiasen en el libro que sí tenía por costumbre redactar con todo esmero, el cuaderno de bitácora del barco. Di la espalda a la mesa. Y ni siquiera entonces se dignó Jacques pronunciar palabra.

—¿Y bien? —terminé por espetarle—. ¿Merece la pena acabarlo?

Esa pregunta expresó con toda exactitud el cúmulo de mis pensamientos.